LA CALLE LARGA

por Cárlos Sáiz Cidoncha

autor de «SECUESTRO AEREO», «EL DEMONIO DE LA ANTARTIDA», «PANICO EN EL OBSERVATORIO», «EL HECHIZERO», «LAGRIMAS VERDES DE LENG» y «LOS HORRORES DEL CASTILLO MAGSON»

Resulta evidente que el habitante de un país civilizado tiende siempre a considerar el espanto sobrenatural como alejado de sí, incompatible con el progreso que tiene o cree tener a su alrededor. Piensa que el terror debe quedar circunscrito a algún remoto castillo transilvano, a algún pueblo perdido en cualquier áspera cordillera, o a los ajenos entornos africanos o asiáticos. Nunca puede imaginarse que junto a su propio domicilio, en su propia ciudad llena de automóviles, con su red telefónica y sus antenas de televisión, lo desconocido puede surgir brutalmente y arrasar el pequeño mundo en el que se cree seguro.

Y sin embargo ello puede suceder, y cuando ocurre resulta ciertamente mucho más terrorífico al estar las víctimas totalmente desprevenidas e indefensas. ¿Qué diferencia existe entre campo y ciudad, entre civilización y salvajismo, para las monstruosas fuerzas que se mueven al margen del entendimiento humano? El horror puede golpear cualquier lugar del universo conocido, incluso aquí mismo, en la ciudad, en el barrio que todos creemos familiar y ajeno a todo misterio. *De hecho lo hizo*. Y cuando la amenaza se manifestó, tuve la suerte o desgracia de ser testigo presencial de lo que sucedió, y de lo que pudo suceder. Este es mi testimonio, que puede ser creído o no, puesto que no puedo aportar prueba alguna a su realidad. Tan sólo mis recuerdos personales de los hechos.

*** * ***

Aquella noche madrileña de verano había asistido, junto con un matrimonio amigo, a una sesión de cine en una sala de la calle de Fuencarral. No a una película de terror, por cierto, sino más bien de una tema bélico. Luego habíamos permanecido algún tiempo charlando y tomando una bebida no alcohólica en el *burger* de la plaza de Quevedo, único lugar abierto a tales horas. Se nos hizo algo tarde.

Cuando nos despedimos y nos fuimos cada cual por nuestro lado, no acepté que me llevaran en su coche hasta mi domicilio. Hacía una buena noche, agradable y fresca, y pensé en ir dando un paseo por la calle de Magallanes y luego, torciendo a la izquierda, por la de Donoso Cortés todo adelante hasta llegar a mi casa. Era ya tarde, como digo, y no se veía nadie por las calles. Tan sólo algún automóvil zumbando aquí y allá, iluminando brevemente con sus faros las fachadas dormidas.

Estaba en algún lugar de la citada calle de Magallanes, andando despreocupadamente, cuando sentí los primeros fenómenos. Fue una extraña sensación de frío, como si una ráfaga de viento recorriera la calle. A continuación llegó algo más confuso, una vibración eléctrica en el ambiente, mientras que un

sordo rumor, algo parecido a un trueno lejano, alcanzaba mis oídos.

Puedo recordar que sentí entonces únicamente la ligera inquietud de que una súbita tormenta de verano pudiera aguar mi tranquilo paseo. Miré instintivamente al cielo y, como temía, le encontré cubierto de nubes, o mejor dicho de una ligera niebla blanquecina. Pero en el mismo momento aquella bruma se rasgó brevemente, y entonces sí que sentí verdadero asombro.

No me era desconocida la configuración del cielo en aquella época del año. Poseo un pequeño telescopio y, más aún, había prometido a una linda compañera de trabajo mostrarle una noche a través de él algunos objetos interesantes del firmamento. A tal fin había previamente localizado la posición de una par de planetas, visibles a primera hora de la noche. Pero el espectáculo que se me presentó a través del hueco en la bruma no tenían nada que ver con lo que había visto tan sólo la noche antes. Allí había seis brillantes luceros en línea recta, fulgentes y hermosos, sin un parpadeo. Si astronómicamente no fuera imposible, diríanse seis planetas distintos puestos uno tras otro como para pasar alguna revista celestial.

Quedé tan estupefacto que cuando la bruma se cerró de nuevo, permanecí aún un rato con la vista clavada en las alturas. Finalmente, con un encogimiento de hombros, dejé de mirar al cielo y me dispuse a seguir mi camino, un poco más rápidamente, quizá. Y fue entonces cuando les vi.

No había demasiada luz en la calle Magallanes, y en un principio no reparé en nada extraño respecto a aquel grupo de se movía delante de mí, siguiendo mi misma dirección. Tan sólo un instante después advertí que se trataba de una docena de hombres o mujeres totalmente cubiertos por capuchas negras, avanzando con la rigidez de un entrenado destacamento militar.

Me detuve en seco con un respingo, pues aquella súbita visión me parecía tan absurda e incongruente como si hubiera visto de pronto un tigre de Bengala deslizándose entre los automóviles aparcados junto a las aceras. Y entonces uno de los encapuchados se volvió bruscamente hacia mí. Pareció mirarme a través de su negro disfraz, y luego me señaló a sus compañeros con la mano.

El susto por lo desconocido dejó paso a un verdadero temor real. Nuestra ciudad había dejado de ser segura por las noches, y aquella extraña banda podía representar cualquier cosa, y ninguna buena. Drogadictos, asaltantes, atracadores, quizá terroristas de algún género... Rápidamente me puse en movimiento y me introduje por la primera bocacalle que encontré a mi izquierda. Una calle casi totalmente oscura, aunque entonces ello no me alarmó, sino que más bien me alegró al tomarla por un seguro refugio o escondite. Corrí casi a ciegas, buscando alejarme de cualquier posible persecución, pero ningún ruido de pisadas hizo eco a las mías. Creí escuchar una breve risotada a mis espaldas.

De todas formas continué corriendo hasta sentirme más o menos a salvo, solo en las tinieblas. Entonces me detuve y miré hacia atrás. Nada, nadie. Ningún movimiento, ningún sonido, fuera de mi respiración alterada. Procuré tranquilizarme... ***y entonces me di cuenta.***

¿En qué extraña calle me había refugiado? Miré a derecha e izquierda, intentando perforar la penumbra. Las fachadas eran raras, viejas, con ventanas enrejadas y oscuras. Y... no había ningún coche aparcado junto a las aceras.

Rápidamente me hice una composición de lugar. Aquella debía ser... veamos... debía ser Fernando el Católico, o quizá Fernández de los Ríos o... No se me ocurría ningún otro nombre, pero ambas debían estar iluminadas por puntos de luz, y sobre todo con automóviles aparcados. Aquella oscuridad, aquella soledad... pensé

con inquietud que podía haberme metido sin advertirlo en una calle particular, quizás en un callejón sin salida en el que aquellos encapuchados que me asustaron podrían acorralarme sin dejarme lugar a la huida.

Pero nadie se movía, nadie me perseguía. Y la calle parecía prolongarse hacia adelante. Allá lejos se veía la luz de una farol o algo parecido. ¿Qué calle era aquella? ¿Cómo es que no podía recordarla?

Decidí seguirla hasta su final, o hasta que pudiera dejarla por otra transversal que me llevara a territorios mejor conocidos. Me puse en marcha, sintiendo mis zapatos chascar sobre un incongruente suelo de piedra. Una sensación de irrealidad me asaltaba, intensificándose cada vez más. No, aquello debía tener una explicación natural, muy pronto encontraría algún jalón, algún lugar conocido, algún engarce con el mundo al que pertenecía...

Me detuve al llegar al farol. ¡Un farol también extraño! Era una columna de metal sucia y oxidada, en cuya cima ardía una blanca llama protegida por un cristal. ¿Un farol de gas? ¿Un farol de gas en el Madrid de 1981?

Había junto a aquella luz un edificio que me pareció una pequeña iglesia, cuya puerta aparecía coronada por la imagen de una santo o una virgen. También había en la pared una placa en la que quise ver el alusivo nombre de la calle misteriosa. Me acerqué y pugné por leerlo a la vacilante luz del farol.

Simplemente un nombre. Un nombre extravagante, como todo lo que había visto en los últimos minutos. DARGABATH. Escrito en letras negras y retorcidas, con trazos muy curvos y serpenteantes.

¿El nombre de la calle?

Me moví hacia un lado en el completo silencio del lugar. ¿Qué significaba aquella palabra? Mi vista se posó entonces en la figura esculpida sobre la cerrada puerta de lo que toamara por una iglesia, y no pude ahogar un grito de franca alarma, ni un retroceso súbito de un par de pasos.

No era, no podía ser una iglesia. Aquella figura obscena, que no era santo ni virgen ni nada semejante, no podía adornar un templo cristiano. Temblé sin poderlo remediar ante aquella mueca blasfematoria, de burla repugnante hacia todo lo divino y humano. Sentí mis dientes castañetear.

¿Qué me había ocurrido? ¿Dónde me encontraba? ¿Qué rincón horrible se había abierto ante mí, en mi propio barrio que creía conocer como la palma de mi mano?

Mil pensamientos absurdos se atropellaron en mi mente. ¿Estaría soñando? ¿Estaría... muerto? ¿Sería aquel lugar precisamente el... el... ?

¡Tenía que salir de allí! Miré a un lado, a otro, como el animal cogido en una trampa. ¿Retroceder? Los encapuchados habían reído al verme huir de ellos en aquella dirección. Ellos *sabían*.

Algo más allá del farol y de la iglesia blasfema pude advertir la boca de un callejón transversal. A mi derecha. Si todo no había cambiado, si el universo seguía funcionando, y la ciudad continuaba en pie... aquella vía debía llevarme a una calle conocida, con luces, con automóviles, con seres vivientes. La calle de Donoso Cortés, cuyo nombre pronuncié en voz alta, casi como rezo... o una paralela a ella.

Me asomé al callejón, pero no vi ninguna luz en su final. Oscuro como boca de lobo, sin siquiera un extraño farol de gas en la lejanía. Oscuro como un abismo en tinieblas.

¿O no?

Vi algo luminoso y múltiple en el fondo de la oscuridad. Por primera vez percibí un sonido, como el de un roce suave. Había unas lucecillas tenues e inquietas,

agrupadas en parejas.
Eran ojos.
Entonces sí que grité, y me encontré corriendo todo a lo largo de la calle larga, de aquella en que me había refugiado en un principio, alejándome del farol y de la iglesia maligna, del callejón abierto y de los seres nictálopes que lo habitaban.
Grité aún un par de veces, mientras corría, y las fachadas ciegas me devolvieron el eco. Crucé sin detenerme ante otro de aquellos faroles, y luego un segundo y tercero.
La calle se retorcía como una serpiente de piedra y silencio, aun conservando siempre la misma dirección. Mentalmente me aferraba con desesperación a la geometría ciudadana familiar, pensando que aquella larga vía espantosa debería acabar de algún modo en la plaza de la Moncloa, allá a su final, con luces, con edificios conocidos. Pero nada era seguro. Aquellas fachadas oscuras, aquellas gruesas puertas de madera. Algo así quizá pudiera encontrarse en algún viejo barrio del Madrid antiguo, pero nunca en Argüelles, en al zona urbana en la que debía encontrarme... ¿debía encontrarme?
De pronto tropecé con algo, con un ser viviente casi oculto en las tinieblas. Rodamos incontenIblemente por tierra, y un grito de pánico hizo eco al mío.
Me apresté a golpear, a rechazar quizás a matar en un acceso de pánico. Pero un viejo rostro barbudo de enfrentó al mío. Y sentí que el terror era mutuo. Por primera vez en lo que me pareció una eternidad, oí el sonido de una voz humana.
–¿Qué haces aquí? ¿Cómo te atreves a salir... en esta noche?
El acento era extraño, si bien podía entender las palabras. Quizás ahora podría saber...
–¿Quién eres tú? –pregunté a mi vez–. ¿Dónde estamos? ¿Es esto Madrid?
–Esto es Madrid –la voz pronunciaba «Madered»–. ¡Claro que esto es Madrid! Pero tu...
Extendió la mano y palpó mis ropas. Me fijé entonces en que él vestía una especie de mantón de lino, provista de capucha. Vi a sus ojos desorbitarse.
–Tú... tú debes venir de...
Se puso en pie, y le imité. Me miraba como si yo fuera un fantasma.
–¡Entonces es cierto! –casi gritó–. La configuración en los cielos... ¡es cierto lo que nos han dicho! Tú eres... tú vienes del otro Madrid... del mundo que...
–¿El otro Madrid? –sentí un escalofrío helado–. ¿Qué otro Madrid? ¿Qué quieres decir?
El viejo me seguía mirando de hito en hito.
–El Conjuro... –dijo en voz baja, como temiendo que alguien le oyera–. El Pacto... fue demasiado poderoso, demasiado terrible. El mundo se partió verdaderamente entonces, como ellos nos dijeron. Existe otro Madrid, otro mundo, en el que el Conjuro no se hizo, en el que el Pacto no se firmó.
Una vieja noción acudió a mi mente.
–¿Un universo paralelo? –pregunté.
El meneó la cabeza con incomprensión.
–No sé... Me he arriesgado a salir de mi casa esta noche... quería ver la configuración celeste. Y cuando tropezaste conmigo, te tomé por uno de ellos. ¿Los has visto?
–¿Los... encapuchados negros? –pregunté.
El viejo asintió, con un fulgor de temor en los ojos.
–Han salido todos a cazar. Los Adeptos, en busca de nuevos sacrificios para el Pacto. Y también los Pequeños Hermanos. Todos... todos... Nos dijeron que cuando

llegara la configuración celeste los mundos se unirían de nuevo, y que el Pacto...
Se detuvo vacilante, como si temiera aquella palabra que sus propios labios pronunciaban.
–¿Qué es el Pacto? –pregunté entonces–. ¿Qué es el Pacto de que hablas?
–Hicieron un Conjuro –susurró medrosamente el viejo–. Hace siglos. Firmaron el Pacto, por amor a la nación y al rey... para prevalecer en el mundo. ¡Mira!
Giró un brazo, con una risita, indicando lo que nos rodeaba.
–¡Madrid es la capital del mundo, la dominadora! –chirrió–. ¿No es así en tu mundo? ¡Madrid es la capital del planeta, por la fuerza del Pacto! ¡Ojalá no fuera sino la más humilde de las aldeas en Asia y América! Nacemos y vivimos en el infierno... en el infierno. ¡Ah, cómo quisiera ir a tu mundo!
Pero de pronto, con aquellas últimas palabras, se echó atrás temerosamente.
– ¡Pero dijeron que entrarían también en tu mundo, en el otro Madrid! ¡Que traerían sacrificios de nuevo género para... para... –sus ojos se desorbitaron, y su voz se convirtió en un susurro–... para Lo del Otro Lado!
–¿Los encapuchados negros? –inquirí, con un nuevo espanto en la mente.
–Los Adeptos Mayores –asintió el anciano–. ¿Han entrado en tu propio mundo? Debieron hacerlo, puesto que tú mismo lograste llegar hasta aquí. ¿Lo hicieron? ¿Lo hicieron?
Asentí con la cabeza, sin poder hablar, tal era el tumulto que asaltaba mi mente. El viejo chilló.
– ¡El infierno está también en tu mundo, entonces! ¿No comprendes? ¿No comprendes? *¡No se les puede matar!*
Siguió un silencio, sin que ninguno de los dos intentara romperlo. Pero algo lo hizo por nosotros. Allá lejos, en la dirección de la que yo había venido. Un grito prolongado.
–¡Allí vienen! –exclamó el viejo– ¡Son ellos... ellos...!
Instintivamente le agarré por el manto encapuchado que le protegía, intentando impedir su huida. Pero gritó y me rechazó con la fuerza de un demonio. Caí por tierra, todavía sujetando el manto. pero él no estaba ya, y oí una puerta cerrarse violentamente.
–¡Abre! –grité entonces, espantado–. ¡Abreme!
Pero no se arriesgó a darme el refugio que le suplicaba. Ni siquiera podía saber por qué puerta exacta había desaparecido. Oí otros gritos, entre ellos uno de mujer. Y algo parecido a un coro de gruñidos... cada vez más cercano.
Corrí de nuevo, corrí con todas mis fuerzas a lo largo de la calle retorcida e interminable, en un mundo que no era el mío, en una ciudad exótica y terrible que dominaba el planeta y atormentaba a sus habitantes. Vi los faroles de llama temblante, y las fachadas viejas y leprosas. Crucé junto a negros callejones llenos de menudas luces rojas y secas risitas burlonas. En mi mente no había otro pensamiento que el de la fuga, el del alejamiento de los seres que llegaban tras de mí.
Y de pronto oí ruidos también delante mío.
Quise detenerme, pero no pude evitar que el impulso que llevaba me hiciera avanzar aún un trecho. Vi la plaza.
No podía ser la Moncloa que yo recordaba, aunque quizá fuera su equivalente en aquel mundo terrorífico y desquiciado. Había un gran edificio de paredes grises, cuya culminación se perdía en la oscuridad. Y había también una multitud.
Todos murmuraban, charlaban en voz baja, gruñían en tono grave. Quizá recitaban alguna malévola plegaria, aunque no pude captar ningún ritmo, ni

separar el murmullo en palabras. La plaza también estaba oscura, iluminada sólo por la luz temblorosa de algunos de aquellos odiosos faroles de otra época. ¿Amanecería alguna vez en aquel mundo? ¿Y cómo serían aquellas calles siniestras bajo la luz del sol?

Nadie parecía haberme visto. Retrocedí un paso, atento al clamor de los que me perseguían. Noté entonces que aún sujetaba el mantón que había arrancado del cuerpo de mi anterior interlocutor.

Y se me ocurrió ponérmelo.

Me estaba algo corto, pero confié en la misma oscuridad que me atemorizaba. Avancé un paso, luego otro, mientras me ajustaba la capucha sobre la cabeza. Me introduje en medio de la multitud, mezclándome con aquellas personas vestidas de una forma similar.

Estaba temblando de miedo. De un instante a otro esperaba una fuerte mano sobre mi hombro, una pregunta, una acusación . Pero nada de ello ocurrió, ni nadie me dirigió su atención.

Pude observar que había hombres y mujeres. Entre ellos se movían también algunas pequeñas criaturas, encapuchadas como todos ellos, pero que no me dieron la impresión de ser niños. Mas bien enanos, gruesos enanos deformes a quienes no me sentí con ánimos de examinar de cerca. Y creí ver también, a distancia, algún ser anormalmente alto y flaco, oculto por una larga túnica gris. Pero la mayoría de la multitud era humana, si es que en el lugar donde me encontraba podía hablarse de humanidad.

Entendí incluso algunas de sus frases, aquí y allá pese al fuerte acento idéntico al del anciano.

–... tienes tres hijos, dos varones y una hembra...

–... él mismo le vio bajo la luz, y no parecía huir...

–...dicen que son semejantes a nosotros...

–... la primera vez que comíamos en el Mesón de Gálvez...

–... se le llevaron hace dos días, y el padre desapareció...

–... la elección será ahora mucho más ligera...

–... y dicen que era un Pequeño Hermano, pero...

–... ahora suelen llegar por el Barrio Sur...

Eran conversaciones humanas, pensé. Seres humanos confrontados con una situación y un modo de vida para mí desconocidos, pero que reaccionaban como quizá yo lo hiciera en su caso.

Aquello me tranquilizó un tanto y allí, mezclado entre aquella multitud que me ignoraba, empecé a considerar por primera vez las cosas de un modo crítico. Me pregunté incluso cómo aquellos seres estaban en la plaza, esperando tranquilamente, en tanto que el viejo con quien antes hablara se había horrorizado ante la idea de permanecer aquella noche fuera de su casa. ¿Eran acaso éstos los pertenecientes a una aristocracia especial? ¿O habían sido elegidos cuidadosamente para algún acto público, con exclusión de todos los demás?

Pero el principal problema era mi propia actuación. Podía deslizarme insensiblemente entre la multitud hasta llegar al otro extremo de la plaza... ¿y entonces qué? ¿Escapar, salir corriendo? ¿Adonde?

Aún no había podido responder a esas preguntas, cuando de repente la masa osciló. Las conversaciones se extinguieron, sustituídas por un múltiple grito.

–¡Ya llegan! ¡Ya llegan!

Y la masa humana se partió en dos, dejando camino libre a quienes se aproximaban. Luché para no verme empujado, y de pronto me encontré en el

borde del camino libre, bien que pugné por dejar aquella peligrosa posición.
Como temía, era el destacamento de encapuchados negros que regresaba. Pude verlos con claridad, y advertí que se encontraban totalmente cobiertos por túnicas y capuchas, con tan sólo dos orificios correspondientes a los ojos. Me pregunté qué cosa se ocultaba tras aquellas máscaras.
Luego sufrí un nuevo sobresalto, pues los encapuchados negros no venían solos. Atenazados con zarpas de hierro traían consigo a personas vestidas de un modo diferente ¡a personas de mi propio mundo!
Había una muchacha vestida con blusa roja y tejanos, que gritaba y se debatía. Había un hombre joven que se dejaba arrastrar, el rostro ensangrentado. Había un sujeto gordo que protestaba sin cesar: «¿Quiénes sois? ¿Qué mascarada es ésta?» Y había varios más, de diversas edades y sexos, todos arreados como ganado por sus captores.
Apenas había tenido yo tiempo de captar la escena en todo su horror, cuando hubo un nuevo cambio. De pronto unos postes o cucanas verticales que yo no había visto en la oscuridad se inflamaron con un bramido, convirtiéndose en columnas de fuego e iluminando bruscamente toda la plaza. Como si se tratara de un solo ser, todos cuantos en ella se hallaban, alzaron entonces sus cabezas y estallaron en un mismo cántico o salmodia.
– ¡DESIMETH!, ¡DESIMETH!, ¡DESIMETH!, ¡GORGAROTH!
– ¡DESIMETH!, ¡DESIMETH!, ¡DESIMETH!, ¡GORGAROTH!
Aquello me erizó los cabellos. Gentes que antes me habían parecido humanas, ahora dejaban de serlo para convertirse en un solo instrumento ritual, en un monstruo de mil cabezas pero de sólo una voz. Tan conjuntadas estaban todas aquellas gargantas, que las sílabas del canto destacaban con claridad, como pronunciadas por una sola persona.
Recordé lo que se me había dicho. Un Conjuro, un Pacto había sido realizado hace varios siglos, y ello había creado una extraña civilización. Aquellas gentes habían sido entrenadas desde su nacimiento para pertenecer a esa cultura, para mí ahora más que nunca incomprensible. Actuaban como habían aprendido, cantaban como habían aprendido... y *esperaban que su cántico tuviera resultados*. Aquel horrendo coro tenía *fuerza*, creaba *energía*. Y me encontré, pese a mí, participando en el cántico infernal, cantando con ellos, llevando la misma cadencia y el mismo ritmo... ¡casi identificado con ellos!
Los encapuchados y sus prisioneros habían llegado a las puertas del gran templo. Las puertas se abrieron ante ellos, y el cántico de la multitud se detuvo de pronto... ¡y yo también! Hubo una pausa, y la salmodia se reanudó, con variación en las palabras.
– ¡HEKINATH!, ¡HEKINATH!, ¡HEKINATH!, ¡GORGAROTH!
– ¡HEKINATH!, ¡HEKINATH!, ¡HEKINATH!, ¡GORGAROTH!
La multitud se puso en movimiento, y me arrastró en su seno, hasta hacerme trasponer con ella las puertas del templo. Me encontré en el interior, donde las voces rituales retumbaban en mis ecos. Pero luego cesaron de nuevo, de golpe, como obedeciendo a alguna oculta señal. El silencio se hizo en el interior del templo.
Aquello era enorme, y desde cualquiera de sus puntos, al menos en lo que se refiere al lugar donde la multitud encapuchada estaba, podía tenerse una visión clara del fondo, de lo que hubiera correspondido al altar en una iglesia de mi mundo. Había luces allí, si bien no pude identificar bien sus fuentes. Unas cortinas negras y temblantes se extendían desde el alto techo hasta rozar el suelo, y ante

ellas se erguía uno de los encapuchados, extrañamente alto y ancho, con unos símbolos amarillos tejidos en el pecho de su larga túnica oscura.

No se oía murmullo, pero noté vagamente la inminencia de algo terrible, como un signo extrasensorial de que un suceso espantable se acercaba en el tiempo, se precipitaba del futuro al presente como una fiera que salta sobre su presa.

La presa estaba ahí, y pude oír de pronto su chillido. Era la muchacha de los tejanos, la prisionera de mi propio mundo, que era arrastrada hacia el oficiante. Dos encapuchados negros la tomaron por su cuenta, y empezaron rápidamente a desnudarla, mientras yo notaba que a mi alrededor los seres de la plaza se ponían tensos, aguardando como yo aquello que se avecinaba, que se anunciaba en cada nervio de nuestros cuerpos.

¿Una violación colectiva? ¿Un sacrificio humano a los dioses de aquel templo? Pensé locamente en hacer algo, en intentar el imposible salvamento de la víctima, en...

Pero mis pensamientos se vieron interrumpidos de la forma más violenta. Desnudo el cuerpo de la muchacha, el gran oficiante la empujó más allá de donde él se hallaba, hacia...

¡Entonces me di cuenta de que aquello que se agitaba al fondo no era ninguna cortina!

En un sólo mazaso, más allá de todos los terrores, comprendí lo que significaban el Conjuro y el Pacto, lo que el viejo había querido decir al susurrar sobre *Lo del Otro Lado*.

Caí al suelo sin conocimiento.

Fue tan solo un momento, en un fenómeno misericordiosamente defensivo de mi mente, para evitar la destrucción total. Quizás en aquel instante logré olvidar parte de lo que había visto, aunque el horror quedó, y queda todavía impreso en mi alma. Desperté tumbado en la fría piedra, mientras un formidable griterío, unos aullidos animales estallaban en mis tímpanos. Toda aquella multitud degenerada parecía haber enloquecido. Saltaban, brincaban, chocaban unos con otros, gritando con todas sus fuerzas.

No, no quería saber lo que había sido de la muchacha, ni lo que estaba sucediendo con sus compañeros de cautiverio, ni lo que de tal forma excitaba a la muchedumbre. Me abrí paso como pude, empujando a quienes hallaba ante mí, siempre con la mirada obstinadamente opuesta al lugar donde actuaba el oficiante. Nadie se dio cuenta siquiera de mi paso, tan absortos estaban todos en el espectáculo que yo evitaba, y de tal modo gritaban y aullaban como dementes. Me vi fuera del templo.

La gran plaza, iluminada aún por las rugientes antorchas, estaba ahora tan desierta como la calle por la que llegara a ella. Pero tras de mí seguía sonando el terrible clamor de la multitud, dentro del templo. Un momento antes no sabía a donde dirigirme, pero ahora ya sí.

Lejos, lo más lejos posible de aquel templo y de sus ocupantes.

Rodeé el edificio, sin que nadie me saliera al paso. Vi a la luz de las antorchas el principio de otra de aquellas calles retorcidas, ¡debía haber muchas de ellas, convergiendo en la plaza! Y me precipité hacia allí, sin tener idea de a dónde iría a desembocar.

Podía ser incluso la misma que yo conocía, desierta, sólo iluminada por raros faroles de gas. Corrí y corrí hasta que el maligno clamor sólo fue un recuerdo a mis espaldas. Hice entonces una pausa para recobrar aliento e intentar trazar nuevos planes.

Allá a lo lejos, en la misma dirección que seguía, pude ver una luz distinta a la de las llamas de gas, como si se abriera una plaza mejor iluminada. Miré con atención... *y pude ver un automóvil que cruzaba*.

Estaba cansado por la anterior carrera en la semioscuridad, pero aquella visión me dio nuevas fuerzas. Emprendí de nuevo la carrera, acelerándola más y más, temiendo cualquier postrer oposición que me impidiera alcanzar la bendita luz. ¡Dejar aquel universo de espantos para siempre! ¡Volver al mundo al que pertenecía!

Pero cuando ya la luz del neón parecía cercana, como si una malévola deidad jugara conmigo, todo se borró y quedé enfrentado con un interminable panorama de calle oscura que se extendía hacia el infinito.

Y en aquel mismo momento, me sentí atacado.

Fue primero un chirrido maligno a mis pies, y luego una forma enana y repulsiva, cubierta de capucha como todo cuanto había visto allí, me saltó encima. Brazos pequeños y fuertes oprimieron los míos, en tanto que la cabeza cubierta por una sucia tela pugnaba por llegar a mi rostro... a mi garganta. Grité y luché, con terror, rabia y asco, rechazando aquel endriago con toda la fuerza que pude reunir.

La capucha cayó entonces en la confusión de la pelea, y pude ver a unos centímetros de mi cara algo informe, sin ojos, nariz ni orejas, con tan sólo una inmensa boca dotada de agudos colmillos vampíricos... *y todo ello de un uniforme color morado que nada tenía de humano*.

La visión hubiera podido paralizarme, pero de hecho ejerció un efecto completamente opuesto. Una espantosa rabia se apoderó de mí, un océano de odio me sumergió, centuplicando mis fuerzas. Quería destruir a aquel ser, deshacerlo, reducirlo a la nada. La agarré por debajo de los brazos, mientras sus uñas laceraban profundamente los míos. El dolor aumentó aún más mi ira, y así con un grito de triunfo, le alcé sobre mi cabeza y le arrojé como un proyectil contra la pared más cercana. Chirrió un instante antes del golpe, y luego aquel sonido se ahogó en un erizante chasquido de huesos, cuando se estampó contra la dura piedra. Se derrumbó como un saco, creo que muerto. Un manchón oscuro quedó en el lugar del impacto, y no me animé a comprobar el color de su sangre, si es que aquello era sangre.

Alcé los ojos, y de nuevo vi la familiar luz de mi mundo, muy cerca, ahora casi al alcance de la mano. Y también el cielo, donde la bruma se había abierto por segunda vez.

Dos luminarias brillaban allá en lo alto, luceros que no parpadeaban. Reconocí al rojizo Marte, y el otro debía ser Saturno. Alineados con ellos había otros cuatro astros desconocidos, pero sus luces parpadeaban ahora, y parecían difuminarse, como si estuvieran próximos a desaparecer.

¡La configuración! Comprendí en el acto lo que aquellos parpadeos significaban, y supe que debía darme prisa. Olvidé el cuerpo del ser que había abatido, y corrí de nuevo hacia la puerta que daba a mi mundo... y que podía cerrarse definitivamente de un momento a otro, dejándome condenado para siempre en aquel infierno paralelo. Corrí, corrí...

Y desemboqué en una amplia calle iluminada, con automóviles aparcados en las aceras, sin luces de gas, ni fachadas de piedra leprosa, ni ojillos rojos acechando en los rincones oscuros...

Rápida y temerosamente me volví. ¿Un callejón negro? Aquello se disolvía se alejaba en otros planos y otras dimensiones... Tuve un último atisbo de tinieblas y

de la lejana luz de una llama de gas, y luego me encontré mirando la fachada de una casa de mi mundo, con un portal de reja cerrado, y un cartel de propaganda política pegado bajo una ventana. Miré luego al cielo, y tan sólo Marte y Saturno brillaban entre las estrellas parpadeantes y lejanas.

Me sentí de pronto sin fuerzas. Busqué apoyo en la columna de una luz de neón y permití que fluyeran mis lágrimas. No sentía deseos de hacer nada más.

Oí un repiqueteo de pasos y me erguí, alarmado. Pero se trataba de una pareja que pasaba, apresurando el paso al cruzar junto a mí. No debía tener muy buena pinta, envuelto aún en aquel apestoso mantón con capucha.

–Es un borracho –murmuró despectivamente el hombre.

–¿Pero de dónde ha salido? –susurró muy bajo su compañera. – Hubiera jurado que había aquí una calle hace un momento.

–Déjate de fantasías –la tranquilizó él–. Estaría en algún portal. Vamos, no te preocupes de él.

Se alejaron.

Y eso fue todo. No tardé en reconocer que estaba en el bulevar de Alberto Aguilera, muy cerca de mi casa. Pero no quise andar. Paré un taxi, y durante todo el trayecto vigilé por la ventanilla que todas las calles tuvieran el aspecto que debían tener. Así fue, y cuando finalmente me ví en mi casa, en contra de lo que hubiera podido suponerse, no tardé en quedar dormido como un tronco.

¿Un sueño? Me lo pregunté a la mañana siguiente, pero las heridas que áun tenía en los brazos, causadas por las garras de mi último enemigo, me convencieron de que no había sido así. Y también aquel odioso mantón, sucio y horrible, pero que servía de prueba adicional.

¿Entonces? Ningún astrónomo pareció haber visto aquella increíble configuración celestial, quizá por causa de la rara niebla que tan sólo me permitió a mí mismo dos visiones. ¿Y los satélites artificiales? Puede que todo fuera tomado por errores o alucinaciones, pues la cosa no tenía explicación física alguna.

En cuanto a los secuestrados por los encapuchados negros... bien, por desgracia en nuestra ciudad se dan diariamente muchas desapariciones. Nunca podría averiguar el nombre de aquella infortunada muchacha que... que...

El recuerdo, aunque fragmentario, parecía cauterizar mi mente. De modo que pugné por alejarlo.

Habían transcurrido siglos desde que el Conjuro fue hecho, y el mundo se partió en dos. Desde entonces tan sólo una vez las estrellas de ambos universos habían permitido crear un puente de uno a otro. Posiblemente pasarían otros tantos siglos hasta que la cosa sucediera de nuevo... y quizá la humanidad del mundo sensato estuviera entonces preparada para defenderse.

Pero yo sé que en el mismo lugar, *en el mismo lugar* en que se alzan los modernos edificios del barrio de Argüelles, en que corren los automóviles y juegan los chiquillos, existe igualmente una ciudad del mal, una siniestra urbe cuyos horrores van mucho más allá de lo que puede imaginar una mente cuerda.

Y temo pasar de noche por la tranquila calle de Magallanes. Tengo siempre miedo de alzar los ojos al cielo y ver más planetas de los que la astronomía admite, y advertir luego a mi izquierda el oscuro principio de la Calle Larga, la de los faroles de gas, las fachadas leprosas y los ojos hambrientos acechando en las tinieblas.